

## Menéndez y Pelayo, humanista

NADA más justo que la práctica de los centenarios conmemorativos, que tan a fondo ha entrado en las costumbres de nuestros tiempos. Sirve para asentar y afianzar la tradición, fuerza vital que alienta el progreso de los pueblos y forma en ellos la conciencia de su personalidad colectiva. Necesita cada pueblo, cada raza, conocer sus grandes hombres y discernir en ellos los rasgos distintivos que merecen ser imitados y perpetuados, porque responden a los requerimientos de la idiosincracia nacional o racial. La entusiasta conmemoración se convierte entonces en eficaz recuerdo parenético, en tácita exhortación a nobles superaciones. Pero lo que desvirtúa la acción benéfica de los centenarios es el convertirlos indiscretamente en consagraciones inapelables y totales. Naturalmente no se van a promover fiestas de esta índole para sacar a luz las deficiencias humanas y los errores de quienes son objeto del homenaje, sino antes para ensalzar los méritos que los recomiendan como dechados ejemplarizadores a la posteridad. El mal está en dar al panegírico obligado y legítimo, vuelo de ditirambo incondicional. La grandeza verdadera no necesita de la adulación y la mentira, que no pueden hacer otra cosa que empequeñecer. Cuántos de los grandes hombres de la historia serían los primeros en protestar contra el culto idolátrico de sus fanáticos partidarios, los primeros en exigirles medida, en reclamar verdad como base insustituible para el encomio, verdad moderatoria, verdad serena, verdad cabal. El homenaje de la verdad es el único pulcro, el único digno, el único que quien no sea un fatuo puede apetecer, porque, en último término, es el único que de hecho glorifica.

Este es el que desearía yo tributar en su centenario a Menéndez y Pelayo, considerándolo como humanista, única faceta suya, entre las múltiples que presenta, en la que tal vez tengo algunos elementos de

juicio para valorar sus méritos personales y la importancia de su aportación a la cultura hispánica.

Faceta que, por cierto, no carece de importancia. Porque llamar a Menéndez y Pelayo "exponente máximo de esta cultura en el Siglo XIX", es concepto justo, al que, como ampliamente demuestran sus ejecutorias, se ha llegado por consenso universal. Pero no fuera él este exponente máximo de la cultura hispánica si, en su magna labor rememorativa y reconstructiva del patrimonio cultural español, no hubiera puesto en juego denodada actividad por infundir nueva vida al humanismo español, un tiempo tan pujante y atacado entonces, como él mismo reconocía, de mortal decaimiento. "Aquí —escribía en 1881 al duque de Villahermosa— donde las letras clásicas, en otros días tan florecientes yacen en lánguido y miserable abandono sin que los mismos a quienes más directamente incumbe su custodia y enseñanza, den muestras de conocerlas y amarlas con la piedad íntima y filial que ellas merecen, es dulce consuelo al ver a un Grande de España, heredero de las tradiciones y recuerdos de gloriosísima casa aragonesa, estimular con su ejemplo a nuestros dormidos o rezagados humanistas" <sup>1</sup>.

El mal era en verdad hondo. Mientras en naciones germánicas o anglosajonas, como Alemania, Holanda, Austria, Inglaterra, se conservaba como postulado intangible la tradición de los estudios clásicos, esta tradición estaba prácticamente extinguida en España, la hija primogénita de Roma, a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Cuando a mediados de este siglo vino al mundo Menéndez y Pelayo, contados serían en la Península, fuera de los clérigos, quienes en latín pasasen de no-

<sup>1</sup> Virgilio. *Las Geórgicas* traducidas por el Excmo. Señor Don Marcelino de Aragón Azlor. Madrid, 1881. Prólogo, p. V.

ciones gramaticales y pudiesen calificarse con justicia de latinistas, y más contados todavía los que bien o mal dominasen el griego. Las lenguas clásicas no pertenecían ya al acervo de conocimientos comunes. Para entonces era ya cosa que el público español apenas concebía la gloriosa generación de humanistas hispanos que pudo concebir y ejecutar la Poliglota Complutense; era ya algo sin mayor sentido el humanismo clásico, con su culto de la antigüedad grecorromana, con el convencimiento, inamovible por siglos, de su eficacia insustituible en la formación estética e intelectual de las juventudes. Con el extrañamiento de España de los jesuitas empezó el derrumbamiento en ella de los estudios clásicos. Pronto la enseñanza rutinaria de meras nociones lingüísticas hizo sentir su intrascendencia, y por pasos contados se llegó al repudio oficial de las lenguas latina y griega como materia en los planes de estudio y como instrumento de formación intelectual y estética en los estudios medios. Eliminó definitivamente en España y en Hispanoamérica la tradición clásica la implantación del bachillerato enciclopédico, que trajo consigo, no solamente un cambio de asignaturas, sino una mudanza radical de criterio acerca de la finalidad misma de la segunda educación. Esta se concreta en el bachillerato enciclopédico a la que llaman preparación "inmediata" para la vida mediante la adquisición sumaria de nociones de la diversas ciencias reputadas indispensables para la vida moderna. Ni queda tiempo, ni hay preocupación por ejercitar armónicamente las facultades del joven, por hacerle adquirir hábitos mentales que le desarrollen en lo intelectual y en lo afectivo, y le proporcionen la doble capacitación más apetecible, a saber, para estudios superiores y para una comprensión más completa y más humana de la vida. Si el problema no se planteaba entonces ni se plantea ahora con esta crudeza, el hecho es que quedó resuelto en favor de los estudios enciclopédicos, con tan íntimo arraigo en todas las secciones del mundo hispánico, que parece ya imposible un cambio efectivo de enfoque en favor de una segunda educación que debería calificarse —afrontando sin miedo el pleonismo— de más educativa.

A evitar en la formación cultural de las nuevas generaciones este hundimiento en el pragmatismo materialista, se dirigieron todos los esfuerzos, en buena parte, por desgracia, infructuosos, de Menéndez y Pelayo.

Y remontándose al origen del mal, señaló la fuente de la funesta desviación de criterio, que tan largas secuelas ha tenido. Su opinión sobre lo que para España y sus Indias significó la Pragmática Sanción de Carlos III de 1767 al clausurar de golpe tantos centros de humanidades clásicas como regentaban los jesuitas, la estampó sin rebozo en su *Historia de los heterodoxos españoles*: "Atentado brutal y oscurantista —dice— contra el saber y contra las letras humanas, al cual se debe principalísimamente el que España (contando Portugal) sea hoy, fuera de Turquía y Grecia, aunque nos cueste lágrimas de sangre el confesarlo, la nación más rezagada de Europa en toda ciencia y disciplina seria, sobre todo en la filosofía clásica y en los estudios literarios e históricos que de ella dependen. Las excepciones gloriosas que pueden alegarse no hacen sino confirmar esta tristísima verdad. "Y refiriéndose a la supresión de los estudios clásicos, consecuencia permanente de la súbita clausura de los colegios jesuíticos, añade: "La ignorancia en que vive y se agita nuestro vulgo literario y político en crasísima, siendo el peor síntoma de remedio que todavía no hemos caído en la cuenta. Hasta las buenas cualidades de despejo, gracia y viveza que nunca abandonan a la raza, son hoy funestas, y lo serán mientras no se cierre con un sólido, cristiano y amplio régimen de estudios la enorme brecha que abrieron en nuestra enseñanza, primero las torpezas regalistas, y luego los incongruentes, fragmentarios y desconcertados planes y programas de este siglo" <sup>2</sup>.

Esto escribía Menéndez y Pelayo en 1882, pues ya se encuentra este párrafo sin cambio alguno en la primera edición de los *Heterodoxos* <sup>3</sup>.

Menéndez y Pelayo, lo mismo que todos los jóvenes españoles, había sufrido en carne viva del desconcierto de aquellos pla-

<sup>2</sup> *Obras Completas*, Tomo VI, pág. 175.

<sup>3</sup> Tomo III, pág. 145.

nes de estudios "incongruentes y fragmentarios". Cuando, a los diez años, empezó en 1866 en el Instituto de Santander su bachillerato, éste, que se cursaba entonces en solos cinco años, entre las veinte materias que abarcaba —Castellano, Doctrina cristiana, Historia sagrada, Retórica, Poética, Geografía, Historia de España, Aritmética, Algebra, Psicología, Lógica, Ética, Fisiología e Higiene, Historia Universal, Geometría, Trigonometría, Física, Química e Historia natural— daba todavía lugar, en los dos primeros cursos, al Latín <sup>4</sup>. Pero ¿qué se podía sacar de dos años de Latín? —Memorizar declinaciones y conjugaciones, traducir tal vez *Lapus et agnus*, y aborrecer para siempre una lengua de la que sólo se probaban los fastidios y amarguras primeras, sin llegar a vislumbrar provecho ni gusto alguno. Además, abandonado este estudio al acabar el segundo curso, no cabía esperar que quedase nada de él bajo el agobio memorístico de las otras dieciséis asignaturas que esperaban su turno en los cuatro siguientes.

Felizmente el caso de Menéndez y Pelayo fué caso de excepción. Conociendo su padre las aptitudes y aficiones del muchacho, le hizo seguir los estudios de latín en privado con el mismo profesor que le había iniciado en ellos, Don Francisco María Ganuza, a quien en su biografía de Menéndez y Pelayo califica don Miguel Artigas de "hombre doctísimo en humanidades, latinista por oficio y por invencible inclinación" <sup>5</sup>. Bajo la dirección de maestro tan competente y entusiasta, rápidos fueron los progresos del joven, quien llegó a un dominio práctico de la lengua, suficiente para leer de corrida los autores. Dato sugestivo de su afición por el latín es el hecho de que en el primer embrión de la inmensa biblioteca de cerca de 50.000 volúmenes que legó Menéndez y Pelayo a la ciudad de Santander, cuando esta biblioteca andaba en un primer total de 20 obras en 34 volúmenes, como anotaba su joven dueño en 1868, la mitad de este caudal estuviese formado por obras latinas: la traducción de *Los oficios* de Cicerón por

Balbuena, las *Flores latinae* de Larousse, los *Commentarii in Tristes et Pontum Ovidii* de Min Elli, un Virgilio completo en dos tomos *ad usum Delphini*, la *Rhetorica* de Colonia, el *De rebus gestis Alexandri* de Quinto Curcio, y un tomito de *Opera Omnia* de Catulo, Tibulo y Propertio <sup>6</sup>.

Pero deducir de esto que el dominio que alcanzó Menéndez y Pelayo en latín fuese completo, es ir más allá de la realidad. Las ponderaciones que en este punto se han hecho proceden de personas que no parecen calificadas para hacerlas con conocimiento de causa. Del Olmet y García Carraffa sostienen que en latín "llegó a poder escribir en prosa y verso con gran facilidad" <sup>7</sup>. No conozco ninguna prosa latina de don Marcelino que permita comprobar esta afirmación; y en cuanto a versos, los que cita don Miguel Artigas, dándolos por "impecables dísticos", son ciertamente todo menos eso. Júzguese si no.

*Mihi dulcis amorum sedes pulcherrima virgo  
Quae facie praestas venustiore deas,  
Pedibus alterius digna memorari Tibulli.  
Candidor lacte condidaque nive* <sup>8</sup>.

Bastan nociones elementales de métrica latina para advertir que estos supuestos dísticos son en realidad renglones armoniosos que, a oído, imitan de algún modo la versificación latina, pero con una ignorancia total de la verdadera métrica y de las exigencias prosódicas esenciales para la constitución misma del verso. Quien quiera saber lo que son dísticos impecables, hallará cuantos quiera en las *Poesías latinas* y las *Versiones latinas* <sup>9</sup> del gran colombiano, don Miguel Antonio Caro, él si conocedor consumado y dueño de todos los secretos del latín.

Manifiesta exageración es el dicho que Del Olmet y García Carraffa atribuyen al Sr. Cedrún de la Pedraja, de que, desde los días de sus estudios en Barcelona, "manejaba don Marcelino el latín como un humanista del Renacimiento" <sup>10</sup>. Que sus latines a los quince años fuesen motivo de

<sup>4</sup> Santander, págs. 17-20.

<sup>7</sup> Op. cit., pág. 17.

<sup>8</sup> Op. cit., págs. 37-38.

<sup>9</sup> Ediciones dirigidas por José Manuel Rivas Sacconi, Bogotá, 1951. ¡Más de 700 páginas!

<sup>10</sup> Op. cit., pág. 17.

<sup>4</sup> Del Olmet y García Carraffa. *Menéndez y Pelayo*, Madrid, 1913, págs. 21-22.

<sup>5</sup> Santander, 1927, pág. 16.

justa admiración, se comprende en un medio en que nadie prácticamente estaba a esa altura. Pero la ignorancia o la mediocridad ambientes no son criterio positivo para juzgar a nadie.

Mas cerca de la verdad está la observación de Artigas de que, al igual que su maestro Ganuza (quien era "más humanista que gramático"), el joven Menéndez y Pelayo "no se detuvo en la corteza gramatical", y que "en cuanto supo echar el orden, acometió la interpretación y traducción de las bellezas de los clásicos en verso castellano" <sup>11</sup>.

Esto, dicho en son de elogio, en realidad significa que faltó rigor de método en la formación humanística de Menéndez y Pelayo, cosa que no pudo dejar de tener perdurables consecuencias. Fuera de que, como nota el mismo Sr. Artigas, "don Marcelino no tenía la cabeza organizada para ser un lingüista, y acaso por esto sentía gran admiración por los cultivadores de estas disciplinas" <sup>12</sup>, se resintió siempre de haber andado a saltos y, en gran parte, en plan de autodidacto en una disciplina que no se domina a fondo sino con estudios sistemáticos y ordenados. De este proceder algo quedó de lo que se echa de menos en pianistas que prematuramente se han dedicado a tocar piecicillas, antes de haber concluido pacientemente todos los ejercicios del Método. Dirán que es preferible el que toca con alma al que toca con sólo técnica. Indudable; pero el ideal es tocar con alma, dejando al mismo tiempo satisfechas todas las exigencias de la técnica.

En cuanto al griego, sabido es que, por no entrar en el plan del bachillerato español, no lo estudió de niño Menéndez y Pelayo. Era, sí, materia obligatoria en la Facultad de Filosofía y Letras; y por sí mismo, con intuición certera, había él comprendido la necesidad absoluta de saber griego, si quería penetrar a fondo en el espíritu clásico. Grecia es la fuente primera, es el cánón indiscutido, la inspiración viva y perenne de todo genuino clasicismo. Empezó, pues, don Marcelino en Barcelona el estudio del griego; pero empezó con un vicio original: el de hacerlo en la Universidad. Los elementos morfológicos de

esta lengua, un tanto extraños y complejos, para poder asimilarse y connaturalizarse, deben ser aprendidos al salir de la infancia, en los primeros años de la juventud. Es indispensable que hayan llegado a convertirse en instinto durante los años del bachillerato, de modo que la etapa universitaria, contando con la seguridad de los fundamentos lingüísticos, pueda dedicarse a la degustación estética de las obras maestras y a la penetración vital en la cultura griega en los propios textos de sus autores representativos. Empezar a deletrear el griego en la Universidad parecería incongruidad risible en países donde se aspira a que la cultura griega constituya un elemento activo, una fuerza viva en la educación. De esta incongruidad no es responsable Menéndez y Pelayo; pero fué víctima de ella. ¿Hasta dónde llegó su griego? En 1913 publicó don Manuel Rubio Borrás el folleto: *Los cuatro primeros escritos de Marcelino Menéndez y Pelayo*. Son éstos los ejercicios de oposición a los premios de Literatura general, Literatura latina, Geografía y Lengua griega, ejercicios que versaron sobre *El teatro español*, *Los poetas trágicos latinos*, *La tierra considerada como cuerpo celeste* y *Los verbos en MI*, y tuvieron lugar el 27 de septiembre de 1872. El joven montañés obtuvo por unanimidad el premio en las tres primeras materias; pero, para honra de la Universidad de Barcelona, el catedrático de Griego, don Antonio Bergues de las Casas, aprobó el ejercicio, pero negó al candidato el premio en el cuarto certamen "por no haber tratado bien el tema" <sup>13</sup>. Efectivamente, eludiendo las complejas peculiaridades de la conjugación en MI, que tan pocos dominan, se entretuvo en generalidades acerca de los verbos griegos, que en otras partes hubieran podido ser escritas por cualquier chiquillo de primer año de griego, y que seguramente no hubieran valido ni de examen de ingreso en Oxford o en Cambridge.

Claro es que no quedó Menéndez y Pelayo en este nivel elemental; no era él hombre para quedarse en nada en los niveles inferiores. Pero, a pesar de que llegó, no sólo a entender, sino a apreciar a fondo

<sup>11</sup> Op. cit., pág. 20.

<sup>12</sup> Ibid., pág. 31.

<sup>13</sup> Barcelona, 1913, pág. 59.

los genios helénicos y a enamorarse de ellos hasta el punto de considerarlos como los "modelos supremos, estímulo constante de las facultades creadoras, dique a los descarríos de la imaginación y ejemplares de acabada armonía entre el fondo y la forma" <sup>14</sup>, con todo, algo flaqueó siempre en su griego como en su latín. Tradujo del original griego el *Prometeo* y *Los Siete contra Tebas* de Esquilo y la *Olimpiaca XIV* de Píndaro, y cualquier helenista sabe lo que esto significa. Pero hay que confesar que se resienten estas traducciones (como también las que tiene de Cicerón en la Biblioteca Clásica de Hernando) de cierta laxitud incolora, en la que es difícil reconocer las recias características de los originales.

Y es que la compenetración total con los autores (condición sine qua non para una buena traducción) supone el conocimiento sin falla de ambas lenguas, la del traductor y la del traducido. Donde falle el dominio lingüístico, fallará la traducción. Se han paliado estas deficiencias llamándolas "genialidades". Según Rubio Borrás, el fracaso en el ejercicio por el premio de Griego da "a conocer lo que más tarde constituyó en el sabio polígrafo una verdadera genialidad: aquel portento de ciencia aborrecía los diccionarios y las gramáticas" <sup>15</sup>. Estas son cosas de las que dice un panegirista incondicional, no un crítico serio. Nadie indudablemente está obligado a tener especial afición a los diccionarios y a las gramáticas; pero quien las aborrezca debe estar a las consecuencias naturales de tal aborrecimiento. A Menéndez y Pelayo le privó de llegar en el humanismo clásico al ápice de perfección al que era justo que aspirase un hombre de su talla.

Respondiendo a esto, alega don Adolfo Bonilla y San Martín que "se puede saber mucho latín y mucho griego, como también mucho castellano, conociendo medianamente la gramática" <sup>16</sup>. Lo primero, la comparación con el castellano entraña un sofisma, pues en latín y en griego no contamos con el influjo ambiente ni con el

instinto lingüísticos que nos auxilian en la lengua nativa. Luego, lo que hace al caso no es la cantidad de latín o de griego que se pueda compaginar con la medianía en gramática, sino el grado de perfección en el conocimiento del latín y del griego que hay derecho a esperar de tan alto humanista como Menéndez y Pelayo. Cualquiera falla en el dominio cabal de la estructura morfológica y sintáctica de un idioma impiden la seguridad absoluta en su manejo, como también la percepción certera de sus gracias precisas. Es como quien cree captar toda la hermosura de algún bello rostro, contemplándolo a través de un vidrio esmerilado. No hablemos de la fatuidad y atrevimiento de quien se burla del público presentándole como traducciones de autores clásicos antiguos las que lo son, no de sus originales, sino de otras traducciones, francesas, inglesas o alemanas. Sin llegar a tan bochornoso procedimiento, hay quienes creen que pueden suplir el dominio cabal del texto traducido con la amplitud, fineza y hondura de otros conocimientos suyos, que les proporcionan, dicen, si no la materialidad del escrito, su espíritu genuino. Siempre me ha parecido esto lamentable ilusión, así sea en personaje tan digno de universal respeto como Alfonso Reyes <sup>17</sup>.

No es ciertamente éste el caso de Menéndez y Pelayo; pero era preciso poner al descubierto el mal tercio que le hacen inconsultos panegiristas, alabando como "genialidad" lo que de suyo es lunar, perdonable, pero real.

El mérito substancial del gran polígrafo español es otro. Es el de haber abierto una nueva trocha, o, si se quiere, el de haber vuelto a despejar una trocha antigua borrada casi totalmente por la maleza, en la cultura española de su tiempo. Mérito que se acrece si se considera que arremetió sólo, o casi solo, a tan gigantesca empresa; que la llevó a efecto en las circunstancias más adversas, luchando contra corriente, sin el apoyo de la comprensión y de la simpatía públicas, sin el respaldo moral de sentirse el portavoz de un grupo compacto

<sup>14</sup> Del Olmet y García Carraffa. Op. cit., pág. 198.

<sup>15</sup> Op. cit., pág. 20.

<sup>16</sup> Citado por Artigas, *Menéndez y Pelayo*, pág. 31.

<sup>17</sup> Véase su versión en alexandrinos de los primeros cantos de la *Iliada*, y el *Prólogo* en que aventura tan peregrina especie.

de convencidos, sin el beneficio de poder aprovechar de una cultura colectiva que simplificase el trabajo personal y se encargase de la necesaria adaptación y divulgación. Menéndez y Pelayo humanista fué casi un solitario en España; le faltaba quien con autoridad hiciese número a su lado, le faltaba poder ostentar un aire de familia, un dejo de abolengo como el que tan característico se advierte en los "scholars" de las viejas universidades inglesas. Su voz fué una voz aislada, sin armónicos matizadores, sin acompañamiento que la amplificase, sin hondura de eco.

Esto, lejos de ser crítica de algo que se le pueda imputar, es al contrario virtual trascendente alabanza. Alguien tenía que empezar. Menéndez y Pelayo empezó. Tiene el mérito imponderable de haber roturado en este punto, como en tantos otros, terreno nuevo, y de haber acertado en esto, como en tantas otras cosas, en que la gran novedad imperativa consistía en volver resueltamente a los cauces antiguos, cuyo inconsulto abandono tanto había perjudicado al normal desarrollo de la cultura hispánica.

Porque ¿cómo podía dejar de influir desfavorablemente en ésta el desvío sistemático, el olvido suicida de sus fuentes primigenias, la incapacitación voluntaria para llegar siquiera a ellas? Derivándose el castellano primordialmente del latín, en cuanto al vocabulario y sobre todo en cuanto a la sintaxis, que es el nervio vital del idioma, ¿cómo se puede pretender conocerlo por dentro, discernir lo que le es peculiar, apreciar acertadamente sus atrevidas libertades, juzgar lo que puede admitir y lo que debe rechazar en las importaciones de idiomas extraños, sin un conocimiento profundo de la lengua madre?

Bien claro lo veía Menéndez y Pelayo, cuando en el elogio de los que pueden contarse como precursores suyos, Cámos y Amador de los Ríos, lamenta la decadencia de los estudios de latín en España, reducidos a "dosis cada vez más homeopáticas, útiles tan sólo para mantener la ignorancia y la desidia, hasta que totalmente acabe de borrar en España todo vestigio de latinidad"<sup>18</sup>.

El pronóstico pesimista felizmente no se ha cumplido. No ha quedado sin efecto sensible la reacción que a favor del aprendizaje del latín por razones lingüísticas, y a favor de los estudios humanísticos por razones de genuina formación mental, estética y humana, encabezó Menéndez y Pelayo, tanto con el ejemplo, como con la doctrina y la incansable amonestación.

Hubiera gozado intensamente con el resultado positivo de sus esfuerzos, patente en estos últimos tiempos. Hubiera sido deleite singular para él hojear las 421 páginas de la "Bibliografía de los estudios clásicos en España (1939-1955)", redactada por un grupo de estudiosos y publicada con motivo del Primer Congreso Español de Estudios Clásicos" (Madrid, abril de 1956). De este Congreso el presidente nato, el genio tutelar hubiera sido él. Cierto es que, al ver en la "Bibliografía" reducida a 42 páginas la parte referente a los textos mismos de los clásicos latinos y griegos, frente a casi 400 dedicados a todos los aspectos auxiliares de la filología: crítica textual, lingüística, historia, geografía, onomástica, mitología, filosofía, derecho, arqueología, epigrafía, paleografía, numismática, sin duda hubiera protestado oportunamente contra la desviación peligrosa hacia el cientificismo; hubiera observado que esto era descuidar la meta misma por quedar entretenidos en las diversas sendas que llevan a ella; hubiera puntualizado que buenos y necesarios son los estudios de estricta filología, pero que no vitalizan la educación ni redundan sensiblemente en la cultura general; que son un respaldo para los educadores, pero que no son el elemento eficaz para educar.

Nunca se hubiera avenido Menéndez y Pelayo a la substitución del humanismo por la filología. El siempre concibió la fecundidad del clasicismo en su propio campo humanístico, o sea en el de la expresión de lo genuinamente humano, y en su empleo para lo que en el niño y en el joven asegura la educación del hombre futuro.

Por su cuenta se lanzó por este camino. Ya en Barcelona, cuando sus compañeros de universidad se limitaban a preparar con mayor o menor convicción la tarea taxativamente impuesta por los programas —tantas líneas de tales autores, latinos o griegos—, él, vencida la dificultad de la

<sup>18</sup> La filosofía platónica en España. En *Ensayos de crítica filosófica*. Madrid, 1918, pág. 14.

traducción, se lanzaba gozoso a la fruición inmediata de la belleza literaria y poética encerrada en aquellos textos.

Desde entonces fué para él favorito entre todos, Horacio. Con su fantástica memoria, pronto llegó a sabérselo íntegramente. Recuerdo haber oído contar, en noviembre de 1924 en Barcelona, a su antiguo compañero de Filosofía y Letras e íntimo amigo, el Dr. Antonio Rubio y Lluch (que le estaba sobreviviendo ya en doce años), que por juego le citaban los amigos algún verso suelto de las Odas de Horacio, al principio o a la mitad de cualquier estrofa: "Marcelino, *audiet cives acuisse ferrum . . .*", y que él al punto completaba:

*"quo graves Persae melius perirent;  
audient pugnas vitio parentum  
rara inventus"*<sup>19</sup>.

Horacio fué el favorito, el autor que más a fondo estudió, el que mejor entendió. Clásica es su Epístola a Horacio (magistralmente vertida a hexámetros latinos por el insigne latinista ecuatoriano, P. Misael Vázquez, S. I.). Ditirámico sin duda es este juicio de Menéndez y Pelayo; pero es ditirambo sentido, hijo de un convencimiento profundo, de la percepción

aguda de una belleza superior en un orden, que tal vez en sí mismo no sea supremo, pero que él sentía como supremo.

*¡La belleza eres tú!*

llega a decir a Horacio. Apreciación, por cierto, discutible, pero tal que el haber podido estamparla con sinceridad absoluta es prueba por sí fehaciente del grado de intimidad a que había llegado en la estimación estética de su autor predilecto.

Consta, pues, que sobrepujando inmensamente lo que pudo aprender de sus maestros y lo que se podía esperar del ambiente de su época, fué Menéndez y Pelayo corifeo y protagonista a la vez de la reacción española hacia el humanismo antiguo. Si esta reacción no ha sido tan ampliamente eficaz como él había soñado, si no se ha mantenido en la línea exacta por la que hubiera querido encauzarla, tiene él por lo menos el mérito incontestable de haber iniciado el movimiento en contra de la indecorosa apostasía con que se había puesto España de espaldas a su propia gloriosa tradición. Con deficiencias y todo, esta faceta de la personalidad de Menéndez y Pelayo es una de las más meritorias, una que España tal vez no le ha agradecido suficientemente, una que, como semilla de lenta germinación, tarda todavía en dar todos sus frutos, pero que está llamada a darlos espléndidos en el grandioso porvenir de la cultura hispánica.

<sup>19</sup> Roma afiló contra sí misma el hierro que destilar debía sangre persa: los hoy diezmados hijos de esos padres oirán los ecos de esa lid perversa.  
(I, 2, 21-24)